



Altruismo Puro

El vínculo que explica por qué ayudamos a desconocidos

Por Steve Taylor | 25 de julio de 2019

Hace poco más de dos años, mi ciudad natal, Mánchester, sufrió un atentado terrorista. Mientras la gente esperaba en el vestíbulo del recinto tras un concierto de Ariana Grande, un joven detonó una bomba que llevaba atada al pecho, matando a 22 personas e hiriendo a varios cientos. Pero en medio de la barbarie sin sentido del atentado, hubo muchas historias de heroísmo y altruismo.

Un médico fuera de servicio que se alejaba del recinto volvió corriendo al vestíbulo para ayudar a las víctimas. Una mujer que vio a multitudes de adolescentes confundidos y asustados guió a unos 50 de ellos hasta la seguridad de un hotel cercano, donde compartió su número de teléfono en las redes sociales para que los padres pudieran ir a recoger a sus hijos.

Los taxistas de toda la ciudad apagaron sus taxímetros y llevaron a casa a los asistentes al concierto y a otras personas. Como comentó un paramédico presente en el lugar: «Había una cantidad increíble de gente haciendo lo que podía para ayudar... Vi a la gente unirse de una forma que nunca había visto antes».

Añadió: «Lo que más recordaré es la humanidad que se puso de manifiesto. La gente se miraba a los ojos, se preguntaban si estaban bien, se tocaba el hombro, se cuidaban mutuamente».

Este tipo de actos de altruismo suelen ser habituales en situaciones de emergencia. En una calle de Londres en 2015, un ciclista quedó atrapado bajo las ruedas de un autobús de dos pisos. Se reunió una multitud de unas 100 personas y, en un asombroso acto de altruismo coordinado, levantaron el autobús para que el hombre pudiera ser liberado.

La pregunta de por qué los seres humanos a veces están dispuestos a arriesgar sus propias vidas para salvar a otros ha desconcertado a filósofos y científicos durante siglos. Según la visión neodarwinista moderna, los seres humanos son básicamente egoístas, los «portadores» de miles de genes, cuyo único objetivo es sobrevivir y replicarse.

Desde este punto de vista, tiene sentido ayudar a personas con las que tenemos un parentesco genético cercano, como familiares o primos lejanos, porque lo que puede parecer un sacrificio personal en realidad beneficia a nuestro acervo genético. Pero, ¿qué ocurre cuando ayudamos a personas con las que no tenemos un parentesco genético cercano, o incluso a animales?

Se han propuesto diversas explicaciones para dar cuenta de esto. Una sugiere que tal vez no exista en absoluto el altruismo «puro». Cuando ayudamos a extraños (o a animales), siempre debe haber algún nivel de beneficio para nosotros mismos, como hacernos sentir bien con nosotros mismos o ganarnos el respeto de los demás.

O tal vez el altruismo sea una estrategia de inversión: hacemos el bien a los demás con la esperanza de que nos devuelvan el favor (lo que se conoce como «altruismo recíproco»). Incluso podría ser una forma de demostrar nuestros recursos, mostrando lo ricos o capaces que somos, para así resultar más atractivos y mejorar nuestras posibilidades reproductivas.

Arraigado en la empatía

No dudo de que estas razones sean válidas en algunos casos. Muchos actos de bondad pueden estar motivados principalmente (o solo en parte) por el interés propio. Pero, ¿es ingenuo sugerir que también puede existir el altruismo «puro»? ¿Que, en el momento mismo en que se produce un acto altruista, nuestra motivación es únicamente aliviar el sufrimiento de otra persona?

En mi opinión, el altruismo puro tiene su origen en la empatía. La empatía se describe a veces como la capacidad de ver las cosas desde la perspectiva de otra persona. Pero, en su sentido más profundo, la empatía es la capacidad de sentir, no solo de imaginar, lo que otros están experimentando. Es la capacidad de entrar realmente en el espacio mental de otra persona (o ser) para poder percibir sus sentimientos y emociones. De este modo, la empatía puede considerarse la fuente de la compasión y el altruismo.

La empatía crea una conexión que nos permite sentir compasión. Podemos percibir el sufrimiento de los demás y esto da lugar a un impulso de aliviar su sufrimiento, lo que a su vez da lugar a actos altruistas. Como podemos sentir con otras personas, nos sentimos motivados a ayudarlas cuando lo necesitan.

Como sugiero en mi libro, *Ciencia espiritual*, es erróneo pensar en los seres humanos como entidades completamente separadas, compuestas por genes egoístas que solo se preocupan por su propia supervivencia y reproducción. La capacidad de empatía sugiere una profunda interconexión entre nosotros.

En cierto sentido, formamos parte de una red compartida de consciencia. Es esto lo que nos permite identificarnos con otras personas, percibir su sufrimiento y responder a él con actos altruistas. Podemos percibir el sufrimiento de los demás porque, en cierto modo, nosotros somos ellos. Por eso sentimos la necesidad de aliviar el sufrimiento ajeno —y de proteger y promover su bienestar— tal y como lo haríamos con el nuestro.

En palabras del filósofo alemán Arthur Schopenhauer:

Mi verdadero ser interior existe, de hecho, en cada criatura viviente... [Esto] es la base de la compasión... y se manifiesta en cada buena acción.

En otras palabras, no hay necesidad de buscar excusas para el altruismo. En cambio, deberíamos celebrarlo como una transcendencia de la aparente separación. Lejos de ser antinatural, el altruismo es una expresión de nuestra naturaleza más fundamental — la conexión.

Steve Taylor es profesor titular de Psicología en la Universidad de Leeds Beckett.

.....